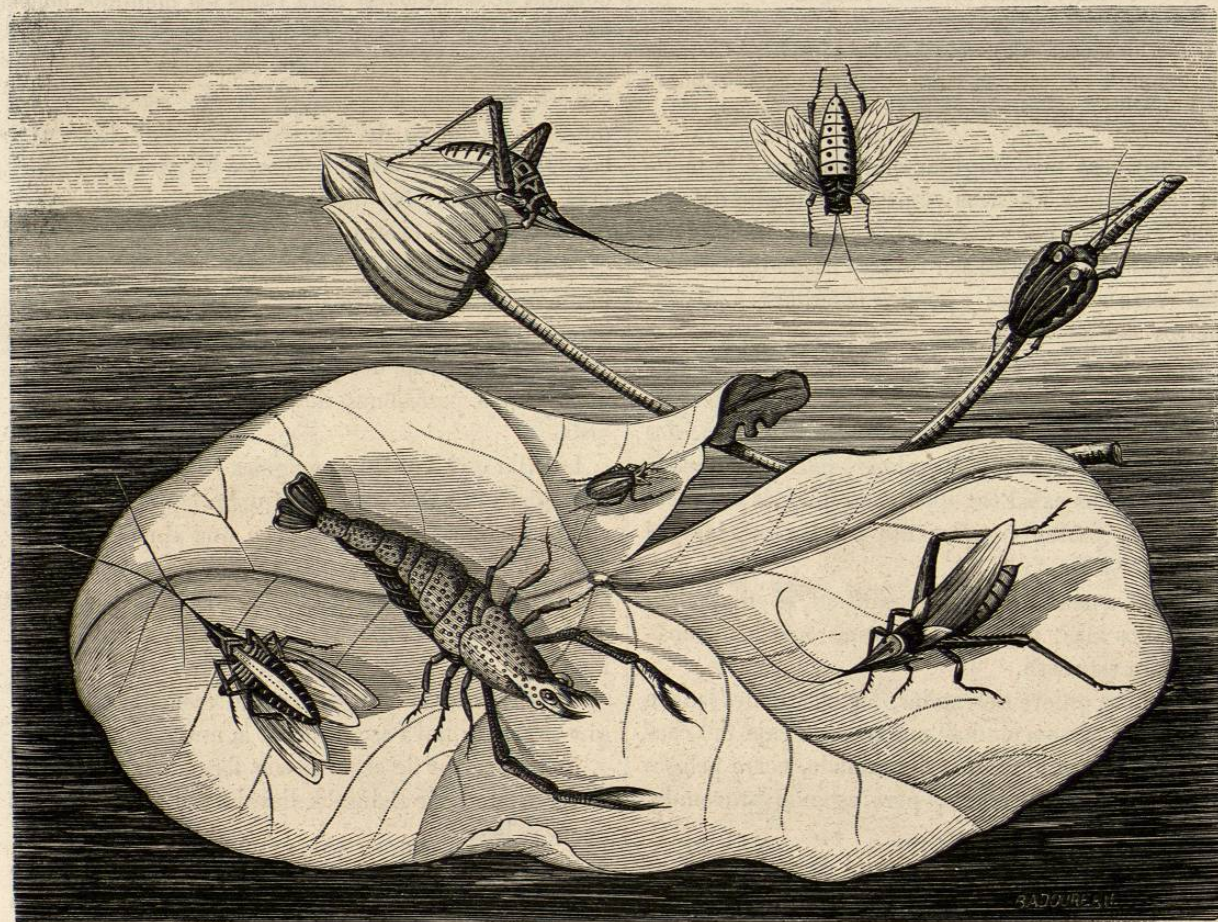


que les atraviesa el cartilago nasal. En las caravanas van atados uno á otro por grupos de cinco ó seis en fila, llevando una campanilla el último. El camellero dirige al delantero por medio de la cuerda atada al freno del animal y los otros siguen dócilmente el movimiento del guia. Así cuando se les quiere hacer parar, el camellero imprime á la cuerda un fuerte impulso, gritando al mismo tiempo ¡*Sok!* ¡*Sok!* Los

camellos entonces lanzan una especie de gruñido y se arrodillan. Cuando quiere hacerles partir, no tiene mas que tocar con el mango de su látigo al guia, gritando á la vez: ¡*Tutch!* ¡*Tutch!* y todos se levantan sin demora, y parten.

Sin embargo, los camellos son tan dóciles como asustadizos, de lo que resulta con frecuencia el desorden de las caravanas. Por lo demás ¡cuán útiles son



Crustáceos, insectos y larvas viviendo en el Lie-uwa.

estos animales, gracias á cuya fuerza y sobriedad se pueden atravesar sin temor al hambre las solitarias y desiertas estepas del Norte de Asia!

Las cajas que trasportaban los camellos de esta caravana habian sido provistas de todas las vituallas que pudieron procurarse. Sin embargo, cuando se encontraba al paso á algun nómada con su rebaño, lo que no sucedia con frecuencia, se aumentaban las provisiones con carneros, leche y queso de oveja y de camella.

El agua por fortuna no falta en la primavera, y hay pozos en todas las etapas del desierto: para un evento, se habian adquirido odres mongólicos, es de-

cir, canastos de piel embadurnada, que iban resguardados en otros cestos de mimbre: así se lleva en el país el agua y el *sam-chouk*, aguardiente de sorgo ó de arroz.

Una de las mayores dificultades de viaje por las estepas, es la falta de combustible: los nómadas se calientan con el estiércol de sus bueyes y caballos, que ellos llaman *argols* y que recogen cuidadosamente y trasportan en grandes sacos, despues de haberlo hecho secar. Grandes inconvenientes tiene este medio, sobre todo para hacer de comer; pero despues de dos ó tres dias de marcha por un suelo tan desnudo, los viajeros tuvieron que apelar á él.

No hay ninguna habitacion en los desiertos de la Tartaria y fue preciso acampar al aire libre.

Los oficiales de escolta á quienes se habia confiado la direccion del viaje, hacian preparar con anticipacion las tiendas en el punto de parada que mejor les parecia para pernoctar. Estas tiendas habian sido construidas ex-profeso para los viajeros por el mas suntuoso modelo: eran circulares con un diámetro de 4 á 5 metros por una altura de 3 en el centro, lo

que les daba dimensiones de un cómodo dormitorio. La base estaba formada de zarzos ó cañizos móviles, sobre los que se desplegaba la lona por un sistema de armazon de madera, á modo de paraguas. La puerta era de madera y de dos hojas, pero muy baja. En la parte superior se habia dejado un respiradero, y los remates, como el suelo, estaban perfectamente cubiertos con fieltros de pelo de camello. Decoróse el interior con ricas sederías chinas, y para sostener las



Carreta chinesca atravesando el desierto de Gobi.

tiendas contra la violencia del viento, atáronse á las cuerdas que servian para desplegarlas, grandes bloques, porque en el desierto no hay un pedazo de palo de que poder valerse.

Hé aquí, pues, las condiciones de vida y los medios de transporte con que debia hacerse el viaje al través de los yermos páramos de la Mongolia, desde *Kalgan* á *Kiachta*, ciudad fronteriza de la Siberia; viaje de 1,500 kilómetros lo menos, segun el cálculo de los mongoles.

Desde Pekin á Kalgan, habian hecho á caballo y á pequeñas jornadas 412 *lis* chinas, ó unos 210 kiló-

metros; á partir de Kalgan el viaje vino á ser mas rápido, y todos hicieron uso de los carros, cuyo número habia sido calculado por el de los viajeros.

Oro-Huduk, 25 de mayo. El carruaje de Mad. de Baluseck es sumamente cómodo: casi todo el trayecto entre *Burgaltai* y *Halatai* lo hemos pasado á galope.

Pernoctamos aquí. A Dios gracias, los preparativos de comer y dormir se han hecho mas fácilmente.

Tchatchurtai, 26 de mayo, á las siete y media de la tarde. Salimos muy temprano de *Oro-Huduk*. El mar de césped continúa en todo su esplendor. Cerca

de Kui-Suton hemos visto patos mandarines magníficos. Seguramente no se les caza, porque nosotros nos hemos acercado hasta quince pasos de ellos con todo el ruido de la calesa y los doce carros, los chasquidos de los látigos y los gritos de los postillones. Los machos, que tienen la pluma del cuerpo dorada, las alas color esmeralda y blancas y el vientre azul turquí, se paseaban orgullosamente como señores en los lagazales de estas inmensas llanuras, acompa-



Dama china tocando la theorba, y mercader chino echando sus cuantas en su swan-pan.

so llama este modo de detenerse bruscamente cuando el pescante da en tierra, *fondear*, (muiller): la expresión es exacta, porque en este caso se siente la misma impresión que cuando á bordo se larga el ancla, solo que la sacudida es mas violenta.

Parece que *Djack-Sutai*, donde nos hemos detenido tres horas para almorzar, es una estación *fashionable*. En ella se reunieron curiosos de ambos sexos, muy ataviados. Sin embargo, las mujeres son feas, sucias y curtidas: llevan casi el mismo traje que los hombres, y solo puede distinguírseles á primera vista por el peinado, que es una acumulacion de trenzas enlazando perlas y corales.

En *Mangai* monto á caballo como único medio de descansar del carruaje, y me ha sido preciso seguir el convoy á galope por espacio de 21 *verstas* (1).

(1) Medida de longitud rusa, que viene á equivaler á 4 kilómetros.

ñados de una multitud de hembras é hijuelos: ni siquiera se han dignado huir de nosotros.

Hay que conceder que los mongoles tienen un singular sistema para conducir sus carruajes. El caballo de uno de nuestros conductores se ha caído esta mañana y la calesa con él, pero no nos hemos hecho ningun daño. Sin embargo, es menester no descuidarse, pues si una de nosotras hubiera ido durmiendo, habria corrido riesgo de rodar á tierra. Mi espo-



acompañado de Mr. Bouvier y del mandarin mongol de boton blanco, que vino tambien á colocarse á mi lado.

Hemos comido bien esta tarde, pero nuestros lechos de viaje están completamente descompuestos por los violentos vaivenes de las carretas, y va á ser preciso acostarnos como los mongoles, en el suelo, sobre algun tapiz de fieltro. Con eso y todo, pocos habrá que duerman mejor que yo esta noche, porque estoy muerta de fatiga.

Bombatu, 27 de mayo á las ocho de la noche. Esta mañana hacia un frio insoportable, apenas seis grados sobre cero, y un viento que lo arrastraba todo. Nuestras pieles de carnero nos hacen muy buen servicio, y la capa de mandarin que compré en *Kalgan* me ha parecido muy barata por 25 piastras; lo que prueba una vez mas que las circunstancias cambian la manera de apreciar las cosas.

El camino entre *Tehatchurtai* y *Teheutai* era tal cual, pero no diré otro tanto del resto. El terreno comienza á accidentarse con colinas y repechos, la yerba es menos frondosa, las piedras mas abundantes... todo anuncia la proximidad del desierto del Gobi.

Hemos visto cerca de *Ula-Hada* lo menos 25 *hangyang* (especie de cabra), que dispersas en pequeños grupos, pasaban por delante de nosotros y se detenían en las escarpas para mirarnos á su gusto.

XXX.

Antílopes cazados por las águilas.—Suculento almuerzo en el desierto.—Estanques de pájaros acuáticos.—Vegetación y animales del Gobi.—Aguas sulfurosas.—Cambios de temperatura.—Mal estado del camino.—Contratiempos por los carruajes.—Lamasería de *Honoutch*.—Curioso altercado entre un mongol y su mujer.—Encuentro de una caravana de mercaderes de Siberia.—Paseo á camello.—Peligro corrido en un terreno hornaguero.—Efecto singular de refracción.—Emigración mongólica.

Ula.—*Huduk* 30 de mayo por la mañana.—He estado mala desde *Bombatu*, por lo cual no he hecho ningun apunte durante estos dos dias.

Los mongoles fijan el principio del desierto de Gobi en *Chara-Hada*, estación que sigue á *Bombatu*: necesitaremos cinco ó seis dias para atravesarlo. Por fortuna, en esta época de primavera estará menos desolado, que despues de los calores, cuando no se encuentra en él ni agua potable.

Vi ayer un singular efecto de luz; empujados por el viento numerosos y sombríos nubarrones, pasaban por delante del sol, que alternativamente desaparecía y volvía á aparecer en todo su esplendor: la tierra tomó el color del cielo y el cielo el color de la tierra; es decir, que se desplegó en lo alto un velo de un tinte uniforme, mientras que abajo unas sombras negras como la tinta entremezcladas de puntos de luz resplandeciente, corrían tan rápidamente como el viento por la superficie del desierto.

Entre *Boboton* y *Olo-Huduk*, donde dormimos anoche, he visto numerosas manadas de *hoang-yang*, pero mas desconfiadas que las primeras: estas cabras salvajes erraban despavoridas por el desierto buscando en vano un abrigo. En los aires y por encima de ellas se cernían magistuosamente dos águilas, que fascinando á sus víctimas con el movimiento de trepidación de sus inmensas alas, descendían poco á poco girando hácia la tierra; la rapidez de nuestra marcha no me permitió presenciar el desenlace de este drama de la naturaleza, que acabaría seguramente como los que se representan en la historia humana, por la absorción de los débiles por los mas fuertes.

A las once y media de la mañana estábamos en *Chara-Murun*. No hay que pensar que nosotros vivimos como cenobitas, por mas que estemos en el desierto. Hé aquí el almuerzo que Augusto, mayor-

domo de Mr. de Bourbonlon, ha podido prepararnos en medio de la Mongolia: una tortilla, arroz, jamon, pasteles de faisán, dulce de frambuesa, burdeos y café. Lo único que faltaba era pan tierno, ó fresco al menos, porque cansan muy pronto el bizcocho, la galleta y demás durezas. El pan de centeno de la provision de madama de Baluseck, es preferible, pues empapado en agua ó en leche, cuando la hay, puede sin desagrado comerse.

Hay que hacer otra observacion: me es imposible comer del carnero fresco que nos han asado ó cocido con *argols*. ¡Qué insoportable gusto da á la carne la boñiga, único combustible en el desierto!

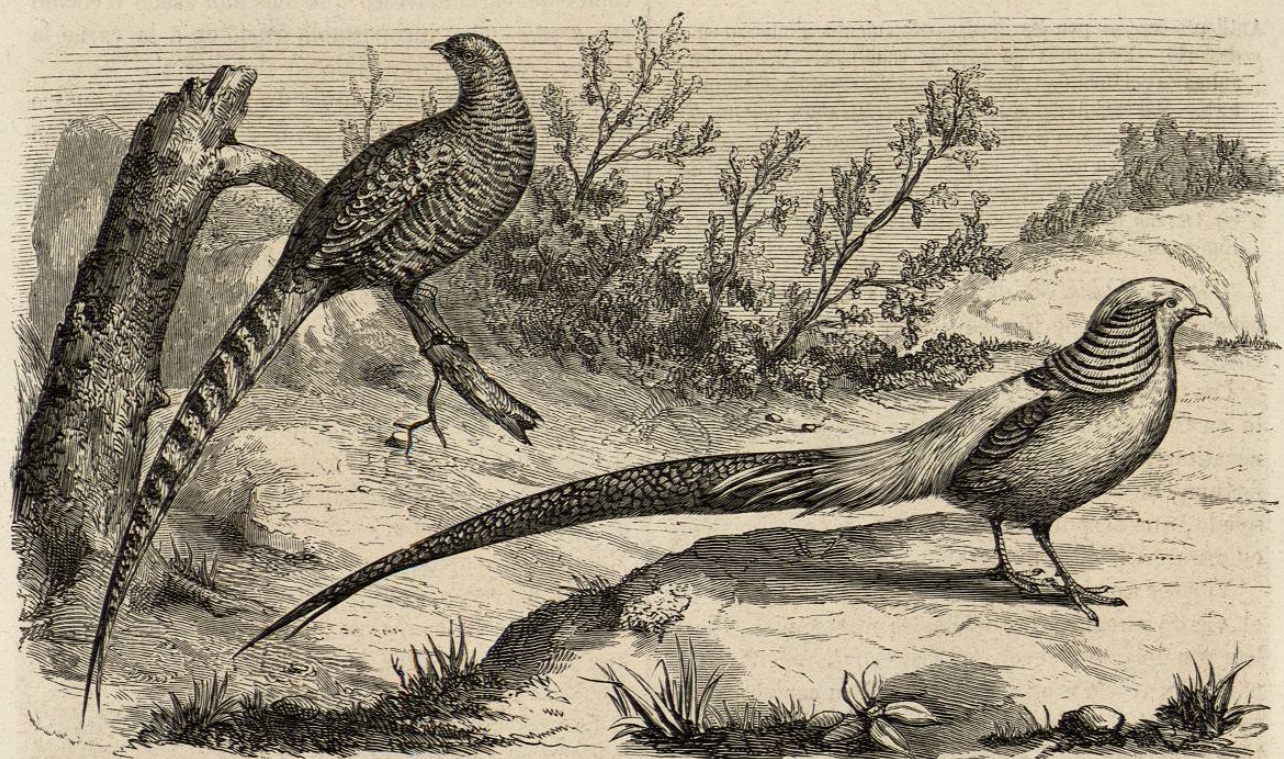
Habiendo llegado al punto de parada á las cuatro de la tarde, he ido á pasearme llevando de camino mis perros á beber á la orilla de un estanque, cuya vista me ha complacido en extremo: en medio y en la márgen del remanso, entre verdes cañas y florido musgo revoloteaban confiados una multitud de pájaros de todos colores y tamaños; un rebaño de *antílopes* abrevaba en las orillas sin cuidarse de los gritos de la familia alada; una bandada de ocas salvajes pacía en la verde alfombra de abundante yerba; un magnífico faisán de dorada pluma cacareaba entre sus hembras invitándolas á aproximarse al agua. Uno de los que me acompañaban creyó haber visto un par de faisanes *venerados*; en fin, dos enormes grullas de Mandchuria, apoyadas con equilibrio admirable en una de sus patas, contemplaban melancólicamente el espectáculo. La confianza de estos animales probaba que ninguno de ellos habia sido nunca perseguido por los cazadores.

La presencia de todos estos bellos seres en esta soledad y en esta latitud no puede esplicarse mas que por la intermediacion de los grandes cotos de caza, hechos entre la Mongolia y la Mandchuria por el emperador *Kang-hi*, y abandonados por sus sucesores actuales.

Uno de estos cotos, al decir del abate Hue que lo atravesó en 1844, mide mas de 100 leguas de Sur á Norte y sobre mas de 80 de Este á Oeste. Partiendo de los alrededores de *Gehol*, el Versalles de la dinastía manchú, este inmenso bosque cubre las dos vertientes del macizo que limita el Gobi por la parte del Oriente. El emperador *Kang-hi* que habia señalado los términos de este vasto terreno de cazas, venia á pasar aquí todos los años una temporada de muchas semanas á la entrada de otoño, escoltado por un séquito de cazadores y flanqueadores muy parecido á un ejército. Todos sus descendientes venían tambien á ejemplo suyo, hasta el dia en que *Kia-Kin*, uno de ellos, habiendo sido herido por un rayo cazando cerca de *Gehol*, sus sucesores creyeron que habia una fatalidad para ellos en el ejercicio de la caza. Desde entonces el bosque y sus habitantes, los nu-

merosos animales de pelo y pluma, traídos y conservados costosamente en tan inmensa veda, fueron abandonados á las bestias carnívoras y á la rapiña de los merodeadores. La pena de destierro perpetuo ha sido en verdad mantenida para los cazadores furtivos que fueran sorprendidos en este bosque; pero la amenaza no ha impedido que se pueble de delincuentes de todas clases. Encuéntrase aun de trecho en trecho puestos de guardas «pero éstos, dice el cáustico aba-

»te, no están allí según parece, sino para ejercer el «monopolio de la venta de leña y de la caza; y aun «favorecen el robo con toda resolución, con tal que «se les reserve la mejor parte. Los cazadores furtivos «sobre todo son innumerables desde la cuarta á la sé- «tima luna. En esta época brotan en los cuernos del «ciervo nuevas ramas que contienen una especie de «sangre medio coagulada, que llaman en el país *lu- «jung*; estos retoños entran por mucho en la medicina



Faisan dorado.

»chinesa y tienen por tanto un gran valor. Un *lu-jung* «no se vende menos de cincuenta onzas de plata.

»Los ciervos y los corzos abundan en este inmenso «parque; los tigres, los jabalíes, los osos, las pante- «ras y los lobos no son menos numerosos. ¡Ay de los «leñadores y cazadores que se aventuran en pequeño «número en los laberintos del bosque, porque desapa- «recen sin que se pueda descubrir jamás el menor ves- «tigio de ellos!»

Bulan 30 de mayo por la noche.—Es un espectácu- lo singularmente grandioso en su misma monoto- nía la vista del desierto. Este país sin término desen- volviéndose hasta lo infinito va á confundirse en el horizonte con el cielo: nosotros con todo nuestro acompañamiento y equipajes parecemos un punto en medio de la inmensidad.

Anteayer en *Bombatu*, cuando entramos en el

Gobi los verdeantes prados de la *Tierra de las Yer- bas*, fueron poco á poco haciendo lugar á un suelo arenoso interrumpido apenas por algunas manchas de grama: la estepa estaba en algunos parajes como esponjada sobre una aglomeración de raíces de saxi- fragas, donde habitan en compañía una especie de rata de pelo gris y numerosas tarántulas, venenosas, negras, de enorme tamaño y de vista repulsiva.

Después he leído que el viajero inglés Atkinson, célebre por sus largas peregrinaciones á las estepas de los *kalkas* y de los *kirghiz*, vió grandes espacios del desierto plagados de tan horribles bichos.

Nuestros carruajes nos han hecho sufrir violentos vaivenes al pasar á galope por encima de estos acci- dentes. Pues ¿qué diremos ahora que aparecen y se suceden cortándonos el paso anchos bancos de piedra arenisca? La tierra cubierta de alternativas zonas de

toba amarilla y de asperón negro hace un efecto ad- mirable: parece que se ha extendido á nuestra vista una inmensa piel de tigre. Nuestra rápida carrera por suelo tan desigual nos llama muy pronto á la realidad: las macizas ruedas saltando de grada en grada por esta especie de escalera, brusca, intermi- nable, quebrantan nuestros pobres cuerpos. Hé aquí un suplicio sin nombre que el Dante olvidó en su *Infierno*.

Esta mañana hemos vuelto á entrar en las arenas: el asperón ha desaparecido y encontramos gruesas ro- cas de granito oscuro en bloques agrupados á veces, pero con mas frecuencia aislados, sin adherirse á ningun movimiento del terreno: creeríanse aerolitos caídos del cielo para variar la monotonía del páramo. Al parecer, la Mongolia entera no es mas que una planicie de granito sin ninguna interrupción, sin hendidura ninguna, donde los vegetales puedan



Patos mandarines.

hundir sus raíces. Cuando hay alguna ligera capa de tierra sobre la roca, se cubre de pequeña vegeta- ción como el suelo de la *Tierra de las Yervas*; cuan- do el macizo sale á la superficie, no se ve ni una ho- ja de musgo. A esta parte de las estepas en que nos hallamos, es á la que los bárbaros dan el nombre de *Gobi*, que en lengua de ellos significa *desierto de las piedras*, y tienen razón para llamarla así.

En esta época del año, al principio del estío, el agua de las lluvias primaverales, no evaporada aun, forma en los cóncavos de las rocas anchos y profun- dos remansos, ya demasiado salobres; en el otoño,

después de los grandes calores, se secan todos estos depósitos y no queda á los viajeros mas recurso que el agua de los pozos hechos con esta prevision en los puntos de parada.

En *Ula-Hu-duk*, hemos bebido todos un agua de sabor sulfuroso; agua que nos era ya insoportable en *Heve-Muhot*.

Me voy acostumbrando al desierto. Hace algunas noches que duermo al raso, es decir, bajo la tienda, y me parece que he vivido siempre así. El desierto se asemeja al Océano: la vista del hombre se hunde en lo infinito y todo le habla de Dios. El mongol